



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

18 de febrero de 1888

Núm. 16



UN HOMBRE RARO

Ayuntamiento de Madrid



## LA INDEPENDENCIA



E pusieron por nombre Roberto, y sus compañeros de colegio le llamaban *Roberto el Diablo*. Era, efectivamente, un diablillo de doce años, con todo el pelo rojo como si llevara la cabeza teñida de sangre; tenía la mirada inquieta, viva, fogosa; y una agilidad muscular tan extraordinaria que cuando la ejercitaba dando volteretas por el jardín, en las horas de asueto, decía el *dómine*, calándose las gafas:

—¡Ya está el mono en libertad!

Era un temperamento extraordinario. El régimen, el sosiego, el método, alteraban su salud; y, por el contrario, el desorden y la variedad le sentaban á las mil maravillas. Su estómago aceptaba mejor todas las chucherías indigestas y callejeras que la comida

arreglada é higiénica del colegio. Por eso decía el *dómine*:

—Este muchacho está loco del cuello para abajo.

Y cuando le veía saltar, correr, bajar los escalones de cuatro en cuatro, salir al patio en los días de lluvia para recibir en la espalda el agua de los canalones, añadía el *dómine*:

—Creo que también está loco del cuello para arriba.

Las notas salientes del carácter de Roberto eran la inquietud, la inconstancia y la independencia. Todos los días le cambiaba el forro de papel á los libros, porque decía que le cansaba el verlos siempre con *la misma cara*.

Tenía la pasión de lo extraordinario. Un día se quedó sin comer por gozar la novedad de no comer.

Como era de esperar, comenzó á fatigarle la reclusión del colegio. ¡Todos los días la misma cama, los mismos estudios, los mismos juegos, la misma comida! ¡Todos los días estar condenado á ver la nariz enorme del maestro, que parecía el pico de un condor!

Aquello era insufrible, como decía Roberto; insoportable.

Desde la ventana de su dormitorio veía el campo, abierto á sus miradas, brindándole la independencia con aquella pródiga extensión que se perdía en lo infinito.

Roberto, con el pensamiento, recorría las llanuras, trepaba por los montes, se hundía en la inmensidad, cruzando lejanas tierras y horizontes desconocidos; y maldecía las montañas azules que, alzándose á lo lejos, eran una valla que ponía dique á sus inquietas miradas.

Al fin resolvió fugarse del colegio, burlar la vigilancia de sus profesores, romper la monotonía de la clausura y vagar en pos de aquellas mariposas blancas que llevaban en sus alas el polen misterioso de la independencia.

Tenía el jardinero una escalera de mano que usaba para subirse á podar los árboles: Roberto, pretextando que pretendía coger un nido de gorriones, consiguió que varios compañeros le ayudaran á poner la escalera recostada sobre la tapia del jardín, y, cuando se vió en la cumbre de aquella valla, dijo á los que estaban abajo esperando el nido de gorriones:

—Amigos míos, no esperéis al pájaro.

—¿Por qué?



—Porque el pájaro se va.

Y diciendo esto saltó á la parte de afuera y echó á correr.

Sus compañeros, temiendo que les castigaran como cómplices (aunque involuntarios) de aquella aventura, guardaron absoluta reserva sobre la fuga de su amigo; de suerte que cuando el director del colegio supo lo que ocurría ya era tarde para alcanzar al fugitivo.

Poco antes de marcharse dió libertad, Roberto, á un pajarillo que tenía enjaulado en su habitación. Le quería entrañablemente. Aquel pajarillo era el único ser á quien Roberto había demostrado cariño constante. Todas las ma-



Un hombre raro

ñanas le limpiaba el comedero, poniéndole después cañamones y agua fresca en una jícara de porcelana que él mismo colocaba dentro de la jaula.

Al darle la libertad le dijo estas palabras:

—Anda, *Sali*, seamos todos independientes: no es justo que quedes esclavo el día en que yo me emancipe.

El pajarillo echó á volar, piando de alegría, y se perdió en la inmensidad de los campos.

Roberto, cuando se vió en la llanura, también sintió el corazón regocijado: respiraba alegre aquel aire perfumado con flores, é iba de un lado á otro con el alocamiento é incertidumbre del pájaro libre.

Corrió, corrió sin tregua, hacia las altas montañas azules, distrayéndose algunas veces en coger ramas de un arbolillo ó en seguir el curso del arroyo, entre los campos de trigo, donde las amapolas agitaban con el viento sus cabezas coloradas.

Al fin, cansado y sin fuerzas, se acostó bajo la sombra de un enorme nogal. Allí, tendido boca arriba, permaneció breves momentos: el árbol le ense-





Mi madre

ñaba las nueces, pero no inclinaba sus ramas para brindarle los frutos. Roberto, que tenía hambre, intentó varias veces trepar por el árbol, y no lo pudo conseguir: por el contrario, se desgarró los vestidos y sus pequeñas manecitas brotaban sangre.

Dolorido y maltrecho, miró al nogal con desesperación y con rabia; pero el árbol, indiferente, elevaba con majestad sus gigantescas ramas. Por fin, Roberto comenzó á apedrearle con la esperanza de derribar los frutos apetecidos; pero las piedras arrancaban algunas hojas, ó se revolvían contra él después de haber chocado en el tronco.

El labrador de aquel campo, que vió que un muchacho maltrataba sus árboles, salió en pos de él con una estaca en la mano, y el infeliz Roberto emprendió una fuga precipitada para librarse de otro enemigo.

Aquella naturaleza hermosa, era cruel, implacable: no le ofrecía más que una extensión inmensa para que se fatigara corriendo por ella.

El hambre, el dolor de las heridas, la fatigosa carrera y el sobresalto, le abatieron de modo que cayó sobre la tierra labrada, bajo los rayos de un sol de estío que le abrasaba sin piedad.

Se dirigió á un arroyo para beber agua y reanimar un poco sus fuerzas, pero una serpiente que le salió al paso le obligó á retroceder espantado.



Cuando llegó la noche, se vió Roberto solo en la inmensidad oscura de un campo que durante el día le había atormentado con mil peligros y mil inquietudes, mostrándole su crueldad desde los árboles hasta los hombres, y que entonces, durante la noche, le causaba un espanto mayor: el miedo de la sombra, el temor á lo desconocido.

El hambre, la sed, la fatiga y el miedo le obligaron á arrodillarse y juntar las manos para rezar, confiando en los Cielos, ya que la tierra le atormentaba por tan extrañas maneras.

Entonces escuchó un ruido ligero, producido por la caída de un cuerpo desde la copa de un árbol.

—¡Gracias, Dios mío!—dijo Roberto.—Debe ser un fruto que me dais para aplacar mi hambre y mi sed.

Al coger el cuerpo que había caído, la mano de Roberto se llenó de sangre y de plumas, entretanto que una vocecita parecía decirle:

—¡Asesino!

—¿Qué es esto?

—Soy *Sali*, muerto por los cazadores.

El pájaro murió, y Roberto se estremeció de miedo.

Cuando Roberto volvió al colegio, después de alcanzar el perdón de sus maestros, miraba el campo y las montañas azules desde la ventana de su habitación, y decía:

—Bueno es el campo... para pasear una hora. Malo es el *dómine*, pero el *nogal* es peor.

RAFAEL TORROMÉ

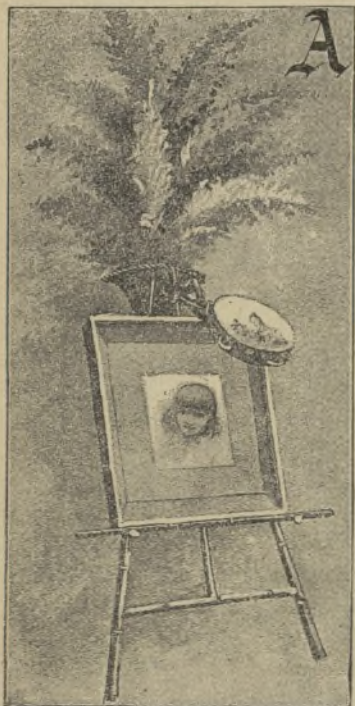




## AUREOLAS

COLÓN

(Conclusión)



A pesar de las sagaces precauciones del almirante, el desaliento cundía entre la tripulación, esforzándose Colón en mitigar sus temores, infundiéndoles sus esperanzas y redoblando sus promesas. La mañana del 7 de octubre, al amanecer, muchos de los tripulantes de la almirante creyeron que divisaban tierra en occidente; pero era tan confusa su aparición, que ninguno quiso aventurarse á proclamarlo, por temor de perder el premio ofrecido caso de equivocarse. La *Niña*, más velera, se adelantó para asegurarse del hecho. Pronto se vió ondear una bandera en su mástil y resonó un cañonazo, señales preconcertadas para anunciar tierra. Nueva alegría reanimó á la pequeña escuadra, y todos los ojos se volvieron al occidente. Pronto, sin embargo, se desvanecieron sus esperanzas, y antes de la noche la deseada tierra se había disuelto en aire.

La chusma cayó en un abatimiento comparable sólo á la alegría que acababa de sentir, y en su desesperación fraguaron un complot para matar al almirante. Este no desmayaba: había observado grandes bandadas de pequeños pajarillos hacía el SO., é infirió que debían

tener tierra vecina para alimentarse y descansar. Determinó, pues, en la noche del 7, cambiar su rumbo de OSO., dirección en que volaban los pájaros, y continuarlo lo menos por dos días. Al tercer día de navegar por el nuevo derrotero, se declaró la tripulación abiertamente hostil á Colón: negáronse á obedecer, querían volverse y abandonar el viaje, y amenazaban con la muerte al almirante si no los atendía. Peligrosa en extremo era la situación de Colón, que hizo titánicos esfuerzos para enfrenar de nuevo á sus subordinados. Al anochecer del día 11, después de oscurecido, subió al castillo de su alta popa, y, libre y encubierto de toda observación, registró con anheloso afán el tenebroso horizonte que á su vista se extendía. Súbito, á eso de las diez, creyó divisar una luz lejana. Llamó á Pedro Gutiérrez, caballero de cámara del rey, y le preguntó si divisaba alguna luz en la dirección que le indicaba. La contestación fué afirmativa: la vieron una ó dos veces pasar repentinamente como antorcha de barca pescadora que se eleva y sumerge con las olas. Continuaron su rumbo hasta las dos de la madrugada, en cuya hora la *Pinta* disparó un cañonazo: veían tierra. Vióla, el primero, Rodrigo de Triana, pero se otorgó el premio á Colón, que fué el que descubrió la luz.

No se dirá que los viernes son aciagos para todo el mundo, ya que en viernes se embarcó Colón en Palos, y en viernes, 12 de octubre de 1492, vió por vez primera el Nuevo Mundo. Al rayar la aurora vieron una bella isla de al-



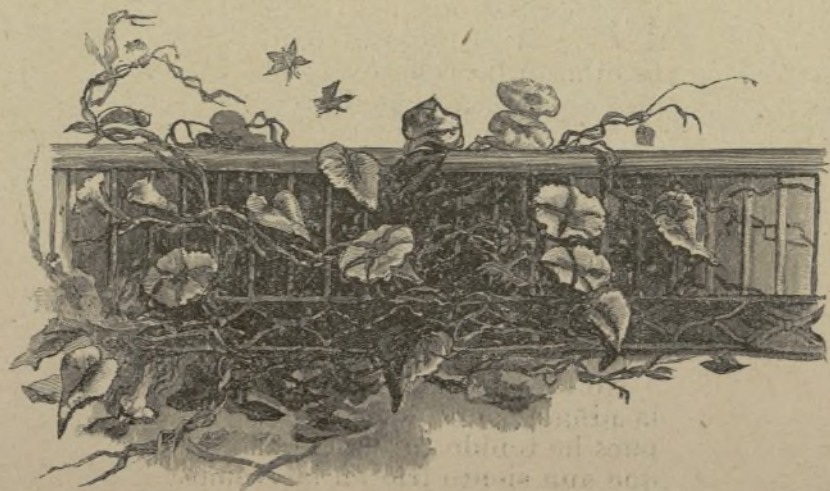
gunas leguas de circuito. La vegetación era feraz y deslumbradora. La isla estaba poblada. Sus habitantes, completamente desnudos, corrían á la orilla, donde se paraban absortos contemplando los bajeles. Colón mandó echar ancla y armar los botes. Entró en el suyo, ricamente vestido de escarlata y oro, y con el estandarte real en la mano, mientras Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez, su hermano, llevaban banderas de la empresa con una cruz verde por blasón y las letras F. é I., iniciales de los reyes de Castilla. No bien hubieron desembarcado, arrodilláronse todos en la playa, besaron la tierra y dieron gracias al Cielo por el feliz término de su expedición. Luego Colón, levantándose, desnudó su espada, tremoló al aire el pendón de Castilla, y en nombre de sus monarcas tomó posesión de la isla, dándole el nombre de *San Salvador*. Cumplidas las debidas ceremonias, exigió de los presentes juramento de obediencia como almirante y virrey representante de sus soberanos.

La tripulación dió entonces rienda suelta á su alegría, entregándose á toda suerte de expansiones. Su excesivo celo no les permitía separarse del almirante: unos le besaban, otros le abrazaban, todos rivalizaban á porfía para demostrarle su adhesión.

Cuando regresó á España, después del ostentoso recibimiento que los Reyes Católicos le hicieron en Barcelona, en cuyo puerto desembarcó, no le faltaron ingratitudes por parte de quien más gloria y beneficios le debía. En cambio de un mundo recibió un calabozo; en cambio del oro que traía, cadenas de hierro para martirizar su cuerpo.

En su nueva adversidad, ¡cuántos y cuán diversos serían los pensamientos de Colón! Pero al fin le quedaba el consuelo de ver realizada su obra, no obstante las dificultades y peligros con que tropezó. El gran misterio del oceano quedaba revelado; su teoría, que fué un tiempo la mofa de los sabios, quedaba triunfante: y si la ingratitud había coronado de espinas su nobilísimo corazón, su frente y su nombre de tanta gloria quedaban coronados, que no tendrían ya más fin que la fin del mundo.

TRINIDAD DE LA ROSA





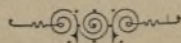


## ABUELA Y NIETA

**D**ESCANSANDO en el regazo  
de su cariñosa abuela,  
la niña Julia refiere  
una espantosa tragedia.

Dice que han muerto á una vaca  
de un mazazo en la cabeza,  
y que ha visto echar su sangre  
en una enorme caldera.

—¿Qué han hecho luego?—pregunta  
la anciana con faz risueña.  
—No he visto más, abuelita,—  
la niña al punto contesta;—  
pues he tenido tal miedo  
que aun siento frío en las venas.





## \* LAS CORONAS \*

Cuando el valor ó el ingenio  
las colocan en las sienes,  
ante la luz que derraman  
el mismo sol palidece.



Cuando, de virtud emblema,  
son adorno de los reyes,  
no hay sombra que no iluminen,  
no hay herida que no cierren.



El camino de la escuela

El mártir las dignifica  
ciñéndolas á su frente;  
el humilde las oculta,  
el desgraciado las teme.

Algunos hay que las llevan  
por más que no las merecen;  
y se compran, y se alquilan,  
y se empeñan y se venden.

Las coronas de esta clase  
suenan cuando se las mueve,  
y es que son, más que coronas,  
collares de cascabeles.

MANUEL DEL PALACIO



## ✻ NUESTROS GRABADOS ✻

### UN HOMBRE RARO

Hace muchos centenares de años existió un hombre muy extravagante llamado Diógenes, habitante de la ciudad de Atenas, en Grecia. Los atenienses se distinguían por su cortesía; pero aquel hombre era muy brusco y desagradable, y parecíapreciarse de ello.

La gente le miraba y se reía, y esto era precisamente lo que más complacía á Diógenes; pero muchos le consideraban como un grande hombre, lo cual le halagaba más aún. Era tan extraño, y su proceder tan singular, que al cabo de algún tiempo no pocos quisieron imitarle para distinguirse.

Diógenes dormía algunas veces sobre la arena, y otras junto á las puertas de las casas, y á veces llevaba consigo una especie de tubo.

Cierta día, cuando el sol brillaba con todo su esplendor y la ciudad estaba llena de gente, Diógenes cogió una linterna encendida y comenzó á recorrer las calles, como si se le hubiese perdido algo.

—¿Qué buscáis con esa linterna encendida, cuando tan clara es la luz del día?—le preguntaban todos.

—Busco un hombre honrado,—contestaba Diógenes.

En aquella época reinaba un emperador que se había hecho famoso en el mundo: llamábase Alejandro. La multitud le seguía por todas partes cuando le encontraba, y aclamábale con gritos de entusiasmo; porque tal vez era realmente el hombre más notable del mundo: por eso le llamaban Alejandro *el Grande*.

Un día este emperador pasó por el sitio donde Diógenes estaba tomando el sol. La gente le victoreaba, según costumbre, haciendo mucho ruido; pero nuestro hombre permaneció sentado sin cuidarse de aquel alto personaje. Cuando Alejandro pasó junto á Diógenes, no pudo menos de extrañarse que aquel individuo de tan mísero aspecto no fijara en él la atención.

Y volviéndose hacia Diógenes, frunció el entrecejo, preguntóle con altivez:—¿Sabes que soy Alejandro *el Grande*?

Todos creyeron que Diógenes palidecería, quedando turbado y confuso; pero éste levantó tranquilamente la cabeza, y, mirando al emperador con un orgullo como si él lo fuese también, contestóle con expresión serena:—¿Sabéis que soy Diógenes?

Alejandro no pudo menos de admirar aquel espíritu de independencia, como seguramente lo hubiéramos admirado nosotros.

Diógenes fué durante toda su vida el mismo hombre singular, y, á pesar de su extraña y mísera existencia, no murió hasta una edad muy avanzada.

### MI MADRE

Cuando las estrellas comienzan á brillar y la noche extiende su oscuro manto; cuando el fuego brilla en la chimenea y las sombras trazan caprichosas sombras en la pared; salto al regazo de mi madre, ciño con mis brazos su talle y escucho atento lo que me cuenta, hasta que llega la hora en que debo retirarme al descanso.

Con su cariñosa voz me refiere las más interesantes historias del pasado, háblame de los grandes hombres de las antiguas épocas, me recita conmovedoras leyendas, y por fin entona bonitas canciones, con una voz tan dulce y armoniosa que insensiblemente acude el sueño á mis ojos.

¡Oh querida madre! Ella es para mí la mejor que hay en el mundo: siempre me consuela en mis aficciones, y á su lado no envidio á nadie.

### EL CAMINO DE LA ESCUELA

En invierno, cuando hiela y nieva, el camino de la escuela parece largo y difícil de recorrer; pero cuando llega el agradable verano, y las avejillas gorjean en los árboles, y las flores perfuman el ambiente, ¡qué corto es el camino de la escuela, y qué breves parecen las horas de sol!



Mas, para el niño que desea estudiar y aprender mucho, el camino de la escuela siempre es corto; lo mismo cuando brilla el sol que cuando nieva ó llueve.

### LOS NIÑOS VIAJEROS

Hace unos diez años que Jaunito y Adelina marcharon al oeste en compañía de sus padres. Eran muy pequeños entonces, y se recrearon mucho en el camino.

El niño estaba sumamente contento porque iba á embarcarse en un gran buque para recorrer el *río grande*, como llamaba al mar; y halagábale la esperanza de ver indios.



Los niños viajeros

Llegados los viajeros á cierto punto, fué necesario cruzar un extenso río; pero cubría su ancha superficie una gruesa capa de hielo, aunque había llegado ya la primavera, y no hubo más remedio que atravesar en una especie de trineo.

A Juanito no le gustó esto, porque no le parecía seguro; y la verdad es que todos se alegraron al ganar la orilla opuesta.

—Ahora no hemos podido ir en barco,—dijo Adelina;—pero tal vez veremos indios, cosa que yo deseo mucho.

Al cruzar por una de las calles de la primera ciudad á que llegaron, Juanito gritó:

—¡Mira, ahí tienes un indio!

—Sí: con su mujer detrás. Ya los veo.

Al acercarse á los supuestos indios, todos soltaron la risa, porque la mujer llevaba en la espalda un perrito, en vez de una criatura, muy envuelto en una manta.

—¡Qué cosa tan extraña!—exclamó Juanito.

—Seguramente,—repuso Adelina,—ese perrito es más afortunado que una criatura.



—Habéis de saber,—dijo el padre,—que los indios acostumbran á llevar sus niños sujetos á una tabla, para endurecerlos.

—Pues entonces preferiría ser perro,—dijo la niña.

### EL CERDO SORPRENDIDO

Cierto labrador tenía un campo de patatas, del cual estaba muy satisfecho porque éstas crecían cada vez más, lo mismo cuando brillaba el sol que cuando llovía mucho. El campo tenía una cerca de tablas para preservar mejor los sembrados.



El cerdo sorprendido

El campesino observó, cierto día, que las patatas comenzaban á disminuir y que las raíces de muchas estaban rotas. Esto le hizo sospechar que algún ladrón se introducía allí, y resolvió vigilar atentamente.

Al otro día, oculto detrás de unos tablones, vió que uno de sus cerdos más pequeños se introducía, por una abertura de la cerca, en el campo de patatas, donde comenzó á arrancar muchas de ellas para comérselas.

El labrador llamó al punto á su perro, mostróle al ladrón, y el fiel animal comenzó á perseguirle, ahuyentándole muy pronto del campo.

El labrador volvió el otro día á su escondite para vigilar otra vez, y en el sitio que le pareció oportuno dispuso una trampa, aunque creyese que no volvería el marranillo; pero este último apareció muy pronto, gruñendo con cierta satisfacción, y, como se acercase á la trampa, quedó cogido de pronto, lo cual le hizo gritar furioso, mientras que su amo se reía á carcajadas.

Así sucede muy á menudo con los ladrones más sagaces.

### LA GALLINA Y LOS GATITOS

El travieso Pepe fué con su madre al corral de las gallinas para coger los huevos; operación que le recreaba mucho y á que se entregaba con el mayor placer diariamente.

Cuando hubo cogido dos docenas, su madre le dijo que ya había bastantes; pero el niño acababa de ver á una gallina negra en la cesta, y quiso esperar á que acabase de poner.

—¡Mira, mamá!—gritó de pronto, después de haberse acercado á la cesta.—La gallina tiene aquí tres gatitos.

La madre se acercó, y vió que el ave, en efecto, tenía bajo su cuerpo á los tres animales, sin duda para comunicarles el calor que necesitaban.

Aquello extrañó mucho al niño, que desde entonces fué todos los días á ver á la gallina negra, junto á la cual pasaba largos ratos.

Cuando los gatitos abrieron los ojos, alejaronse de la gallina, y no se acercaron más á ella, aunque los llamaba á menudo. El ave, sin embargo, los olvidó también, comprendiendo, sin duda, que aquella no era su progenie; y pocas semanas después se consoló al verse con una docena de pollitos que le seguían por todas partes, porque eran verdaderamente sus hijos.



## LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

El ama de Paulina se cuidaba poco de si la pobre joven dormía ó no dormía. No era, á la verdad, una mujer de mal carácter, pero la enfermedad la había vuelto huraña. Acostumbrada por largo tiempo á las obsequiosidades y cuidados de sus parientes y criados, que codiciaban una pingüe herencia en su



El cerdo sorprendido

testamento, considerábase como una especie de ídolo ante el cual todos cuantos se le aproximaban debían prosternarse tan servilmente como ella quería. Habiendo echado de ver que cuantos la rodeaban eran gente interesada, hízose profundamente egoísta. De la mañana á la noche y de la noche á la mañana, desde el día de Año Nuevo á fin de año, estaba de tal manera acostumbrada á desvivirse todo el mundo por complacerla, que había llegado á considerarlo como la cosa más corriente. Así, no pensaba nunca en la comodidad y aun en las necesidades de todos aquellos entes que le parecían nacidos para servirle y serle agradables.

Sin embargo, Paulina trabajaba tan arrastradamente, sin perder por eso su buen humor, que de vez en cuando la vieja dama decíase para ponerse en paz con su conciencia:

—Bueno, bueno: ya le pagaré todo eso en el testamento; ya quedará recompensada de todo en el testamento.



Segura estaba de que Paulina, como toda la gente á su servicio, obraba únicamente por miras mercenarias, y estaba persuadida de que con la esperanza de obtener un buen legado haría de Paulina su eterna esclava. En lo cual la buena señora se engañaba.

Una mañana entró Paulina en el cuarto con un semblante en que se pintaba la más viva tristeza. Su reserva contrastaba tanto con sus maneras habituales, que la Sra. Crumper, á quien le traían de ordinario muy sin cuidado los sentimientos de los otros, no pudo menos de reparar en aquel cambio.

—¿Qué es eso?—dijo.—¿Qué os pasa, niña?

—¡Oh! ¡Malas noticias, señora!—respondió Paulina volviendo el rostro para ocultar las lágrimas.

—Pero ¿qué os pasa? repito. ¿Estáis muda? ¿Qué es eso? ¡Vaya! ¿Habéis quemado mi gorra buena al rizarla? Decid. ¿Es eso?

—¡Ah! Es peor, señora, y mucho peor.

—¡Peor! Pues ¿qué puede haber peor?

—Mi hermano, señora, mi hermano Jorge, está malo, muy malo... una fiebre perniciosa... Y dicen que no saldrá... He aquí la letra de mi padre, señora...

—Pero ¡por Dios! ¿Cómo he de leer sin mis anteojos? Aunque ¿á qué enterarme si ya me decís todo lo que trae escrito?... ¡Señor! Pero ¡cómo llora esa chica!—siguió diciendo la señora Crumper incorporándose un poco sobre la almohada y mirando á Paulina con una especie de curiosidad mezclada de asombro.—¡Oh! ¡Oh! Pero yo no puedo estar aquí en la cama hasta la hora de comer. Vamos, niña: traedme la gorra y enjugad esas lágrimas, porque no veo qué bien puede hacerle á vuestro hermano el que os estéis ahí llorando.

Paulina enjugó sus lágrimas.

—No,—dijo ella;—llorar no le hace ningún bien, pero...

—Pero ¿donde está mi gorra? No la veo en la mesa de planchar.

—No, señora: Marta os la va á traer dentro uno ó dos minutos: está ri-zándola.

—No quiero que la rice Marta: id y hacedlo vos misma.

—Pero, señora,—replicó Paulina, que con gran sorpresa de su ama no se movía á pesar de sus órdenes;—espero que tendréis la bondad de permitirme que me vaya hoy mismo al lado de mi hermano. Toda mi familia está con él. Pide verme, y han enviado ya un caballo para mí.

—Que le hagan volver entonces. No iréis: no puedo pasarme sin vos. Si queréis servirme, servidme: si preferís servir á vuestro hermano, servid á vuestro hermano y dejadme.

—Entonces, señora,—dijo Paulina,—debo dejaros; porque no puedo vacilar en asistir á mi hermano en tales circunstancias. ¡Quiera Dios que no sea ya demasiado tarde para hacerlo!

—¡Cómo! ¿Vais á dejarme? ¡A dejarme á pesar de mis órdenes! Tened cuidado entonces: esta puerta no se abrirá ya nunca más para vos si os marcháis ahora,—exclamó la Sra. Crumper, á quien aquella resistencia inesperada ponía fuera de quicio.

Incorporóse en la cama, y encendida en cólera añadió:

—Dejadme ya, y será para siempre. ¡Os lo prevengo!

—Está bien, señora: os dejo para siempre,—respondió la joven dirigiéndose hacia la puerta.—Os deseo mucha salud y toda suerte de prosperidades, y siento infinito romper con vos tan bruscamente.

—¡Está loca esa muchacha!—exclamó la Sra. Crumper.—Creo que después de esto no esperaréis ya que me acuerde de vos en mi testamento.



—Efectivamente, señora: no espero nada de esto,—respondió Paulina.

Y diciendo estas palabras puso la mano en el pomo de la puerta.

—Entonces,—dijo la Sr. Crumper,—quizás pensaréis que vale la pena de quedaros á mi lado cuando os diga que no os he olvidado en mi testamento. Pensadlo bien, niña, antes de pasar el dintel de esta puerta; pensadlo y no me dejéis disgustada para siempre.



La gallina y los gatitos

—¡Ah, señora! Pensad también en mi pobre hermano. Estoy afligidísima por dejaros disgustada... para siempre; pero en este momento no debo pensar más que en mi desgraciado hermano.

A estas palabras, el pomo de la cerradura giró suavemente bajo su mano.

—Pero... ¿está acaso rico vuestro hermano? ¿Qué podéis esperar de ese hermano que pueda indemnizaros de romper conmigo por tan extraña manera?

(Se continuará)



Soluciones á los problemas, ejercicios y charadas del número anterior:

Intrínquil's: Sila, Sil, Si, S.—Charadas: Venado, Carnestolendas.—Cuadrado: Ciro, Inés, Remo, Osos.

Rompecabezas: Amigos, acaso gima.—Rombo: T, Mar, María, Tartana, Riada, Aña, A.

## CHARADAS

Cierto quidam se empenó  
en hacer que de él se hablara,  
y tres dos siendo dos prima  
tal proeza imaginara.

Prima dos prima el tres dos  
un todo de veinte varas,  
que, según decían todos,  
más de mil libras pesaba,  
en el primera tercera  
de una ciudad muy nombrada;  
y dos primera dos prima  
con tal destreza y tal maña  
sobre un pedestal de mármol,  
que tres dos la gente hablaba  
del dos prima que tal fuerza  
en tal hecho demostrara.

ENRIQUITO RUBIO

De cinco veces la prima  
mi segunda se compone.  
¿Todo! ¿Lo acertaste ya?  
Ya veo que no eres torpe.

MANUEL LUIS VICIOSO

Perdices y codornices  
prima dos todo el que quiera.  
Yo me contento con tres  
mientras sea rica y tierna,  
y si procede del todo  
sé que ha de ser suculenta.

ORESTES

Prima y dos consonantes, y la tres  
el plural  
de una nota musical.  
Es  
el todo una bella capital.

ORESTES



Mi primera es una letra,  
otra letra es prima y dos,  
otra una y tres sin acento,  
y la quinta varias son.  
Hace la cuarta y primera  
todo aquel que está de humor,  
y el todo, día por día,  
señala lo que pasó.

JOAQUÍN FONT

El todo de la charada  
usa teresiana y sab'e.  
Lo forman sólo tres sílabas.  
todas ellas consonantes.

JUAN GOVEA CASTILLO

Dime: ¿mi todo es Tarima?

¡Prima!

¿Es entonces Caparrós?

¡Dos!

Responde al fin: ¿es Galera?

¡Dos y tercera!

De suerte, forma y manera,  
si me aplico de este modo,

¿nunca vas á hallar el todo?

¡Prima! ¡Dos! ¡Dos y tercera!

JOAQUÍN FONT

Mi primera — es altanera  
interjec-  
ción.

Mi segunda — (¡baraúnda!)  
consonante.

Dos

añadida á mi tercera  
una diosa.

Por

lo dicho se desprende  
que es mi todo población.

ORESTES

Con el todo se una dos,  
y con un metal que es  
muy caro se tres segunda,  
siendo el objeto después  
tres dos tercera. ¿Lo aciertas,  
lector una tres dos tres?

MIGUEL MARTÍ

Prima tercera — parte del cuerpo,  
y terciá prima — no es un sargento;  
dos es pronombre, — y no deseo  
que al todo vayas — porque no es bueno.

MÁXIMO LÓPEZ Y RODRÍGUEZ

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

✕

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.